

RECUERDOS, ENCANTOS Y ALEGRÍAS DE LOS PASADOS DÍAS DE LA ESCUELA DE ENFERMERÍA “CARLOS VAN BUREN”

Lorena Bettancourt-Ortega.

Enfermera, Magíster en Enfermería. Miembro de la Red Chilena de Historia de la Enfermería, Miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Enfermería. Académica de la Escuela de Enfermería, Universidad de Valparaíso.
E-mail: lorena.bettancourt@uv.cl

Rudecindo de la Fuente.

Médico, Primer Director de la Escuela de Enfermeras “Carlos Van Buren” de Valparaíso.

§ Introducción

Siguiendo con la revisión de artículos históricos y, en el afán de contribuir a uno de los propósitos de esta revista que apunta a rescatar la herencia de la profesión enfermera, me encontré con este escrito que fue publicado en la otrora revista de la Escuela de Enfermeras Carlos Van Buren, con ocasión de la muerte del Dr. Rudecindo de la Fuente, acaecida el 28 de abril de 1967, como homenaje a quien fuera el primer director de la Escuela de Enfermeras.

En esa oportunidad, se publicó un extracto de sus memorias, donde Don Rudecindo, con su estilo característico, relata cómo le presentó la idea de fundar una escuela de enfermeras a don Carlos Van Buren. En ella relata cómo, derivado de la oportunidad de viajar a Estados Unidos, teniendo como objetivo aprender más sobre la organización hospitalaria, se sorprendió de la calidad y preparación del personal y tenía el deseo que eso fuera realidad en Chile. Por ello, trató de gestionar la venida de monjas enfermeras al país, aunque dichas gestiones no fructificaron (1).

Al Dr. De la Fuente le llamó mucho la atención este sistema, ya que en nuestro país en ese tiempo las funciones de cuidado de los enfermos y organización de la atención de los hospitales, eran asumidas en su mayoría por órdenes religiosas sin estudios formales en salud. En Valparaíso, estaba a cargo de las hermanas de la caridad de San Vicente de Paul, practicantes y otro personal que muchas veces no estaba suficientemente calificado para realizarlos.

La historia de la medicina y la enfermería, en esta época, estaban firmemente entrelazadas, con la entrada del siglo XIX, varios médicos latinoamericanos viajaron a estudiar y perfeccionarse a países europeos, donde tuvieron la oportunidad de observar como la enfermería profesional se iba desarrollando de la mano de

Nightingale y otras contemporáneas. Estas experiencias, les proporcionaron la idea de preparar a jóvenes para las tareas del cuidado, es así como a varios países se trasladaron enfermeras inglesas, entre ellos, Uruguay, Argentina y Chile (2).

En el contexto nacional, las condiciones de salud del puerto de Valparaíso, aun cuando era una ciudad bastante cosmopolita y con un desarrollo del comercio importante, no escapaba a la desigualdad, la pobreza en las clases sociales más desvalidas, las condiciones de higiene deplorables, basura, perros vagos abandono, alcoholismo, epidemias de tuberculosis, cólera (3), aspectos que influían directamente en la salud de sus habitantes.

La formación de las enfermeras entonces, quedó vinculada a los hospitales, el concepto de salud imperante en esa época era el de la lucha contra la enfermedad, desarrollándose conocimiento científico y tecnológico que exigió personal calificado (4). Esta situación es la que don Rudecindo relata en sus memorias y que dan origen a la Enfermería profesional en la región de Valparaíso...

§ Memorias

... En 1917 salí en viaje a Estados Unidos, en comisión ad-honorem del gobierno, para estudiar en ese país la organización de los hospitales.

Desde el primer momento de llamó la atención, al visitar los diversos establecimientos hospitalarios, el personal de enfermeras, servicio del que carecíamos acá o lo teníamos en forma muy rudimentaria.

La labor de este personal junto a los médicos era notable; el trabajo se simplificaba enormemente haciéndolo más efectivo, con gran beneficio para los enfermos. Mi interés se fue acrecentando y discurría en la forma cómo nosotros podríamos tener algo semejante. Pero

al considerar la organización de nuestros hospitales y los Servicios de Beneficencia en general, nos dominaba la decepción y desaliento.

En aquella época nuestros hospitales de beneficencia desempeñaban casi por igual, la misión de propaganda religiosa y atención de enfermos. Cualquiera modificación en favor o bien de los últimos, era fácil interpretarla como atentatoria a la primera.

De ninguna manera quiero aminorar la notable tarea de las religiosas que admiraba y admiro todavía.

Persiguiendo el objetivo de mi viaje, llegué a Chicago con carta de presentación para el señor arzobispo, monseñor George Mundelein, de Mr. George Duval, gran amigo suyo. Me fue fácil interiorizarme de la organización de los hospitales católicos de la ciudad y de sus escuelas de enfermeras, a la vez que posesionarme de que las religiosas se graduaban de enfermeras después de tres años de estudios como en los demás planteles.

Para mí fue una novedad el hecho de que las monjas fueran enfermeras y esto me sugirió la idea de que acaso no sería esta la forma que ofreciera menos resistencia para implantar este servicio en Valparaíso. Estudiando cómo realizarlo, me decidí a abordar al señor obispo en demanda de ayuda y le propuse nos facilitara un número de religiosas para que se trasladaran a Valparaíso con el fin de implantar este servicio. Se manifestó el señor obispo de muy buena voluntad y gustoso habría resuelto este problema, según me expresó, pero la guerra de entonces demandaba gran número de enfermeras, que las dos mil o más religiosas que estaban en servicio se hacían insuficientes, por lo cual no era posible acceder a mi petición. Pero, “buscando una solución, me agregó, sería más fácil que ustedes me enviaran un grupo de religiosas para que estudiaran enfermería aquí y graduadas regresaran a organizar sus

servicios. El único inconveniente sería que son de distinta orden: ustedes tienen las de san Vicente de Paul y aquí son de San Francisco, pero esto no importaría, porque yo me encargaría de subsanarlo. Por lo demás, la estada de ellas sería sin costo”.

Impuse al señor Van Buren, en su carácter de administrador del Hospital san Juan de Dios, donde yo era médico interno, de mis observaciones y de mis conversaciones con el señor obispo.

Varias razones impedirían realizar lo que parecía espléndida solución; se necesitaba cierta instrucción además del idioma y la mayoría de las religiosas eran francesas, con un régimen no apropiado a la nueva actividad que se deseaba adoptar. Esto, sin embargo, fue motivo para que el señor Van Buren abandonara este problema, y muy luego se iba a presentar la oportunidad con motivo de la inauguración del Pensionado que lleva su nombre.

Decidido a implantar esta reforma, le solicitó a don Agustín Edwards, nuestro embajador en Londres, la elección de un número de enfermeras para que tomaran a su cargo esta nueva repartición, lo que no despertó resistencia en atención, entre otras cosas, a que era un gesto que él particularmente financiaba.

Llegaron al país cinco enfermeras con óptimas calificaciones. Una hacía de enfermera jefe, otra para la atención de sala de operaciones, que andando los años llegó a ser la primera subdirectora de esta Escuela (nos referimos a Miss Margaret Bowie), una especialista en obstetricia y dos para la atención general de enfermería.

La reacción y no poca resistencia que las enfermeras inglesas provocaron en la atención hospitalaria fue manifiesta, no solo entre los pacientes y sus familiares, sino que también entre los médicos.

Sin embargo, paulatinamente su fue imponiendo su sistema de trabajo. Se pensó entonces en aprovechar su estada para la creación de una Escuela de Enfermeras, llegándose hasta elaborar los planos, pero desgraciadamente, circunstancias adversas no permitieron que esto se realizara.

Transcurrieron algunos años y en 1926, con motivo de un viaje que realizaba a Estados Unidos y Europa, para corresponder en parte a una donación que hacía el señor Van Buren para mejorar los servicios del Pensionado (rayos X, etc.) fui a despedirme de él a su casa antes de que zarpara mi barco. Lo encontré trabajando e iniciamos una conversación. Don Carlos Van Buren me dijo: “Me encuentra usted en medio de estos papeles ordenando mi testamento, ¿qué quiere que le deje?”. Sorprendido por tan bondadosa pregunta, no vacilé en contestarle que dejara un legado para realizar sus deseos no cumplidos todavía, de fundar una Escuela de Enfermeras. “Démelo por escrito como lo desea”, me respondió y, como al día siguiente abandonaba el país, tuve que redactar apresuradamente una cláusula, en que además de especificar el objetivo, resguardara a la donación de ser burlada y comprometiéndome a vigilar su cumplimiento.

Como yo era el médico jefe de Pensionado, se me asignó el cargo de Director del futuro establecimiento, no por coincidencia, pues en esos tiempos los cargos de directores eran ad-honorem, sino como un compromiso moral con que me obligaba a corresponder a tan bondadosa donación. Parece que el propio señor Van Buren tenía igual pensamiento, y para asegurarme más en la obra, me hizo nombrar, estando yo en Europa, administrador del hospital San Juan de Dios, como presintiendo que iba a entrar en funciones a corto plazo. Este mismo deseo me lo manifestó a mi regreso, para decidirme a aceptar esta última designación. Posteriormente él fue designado administrador del Pen-

sionado en el que falleció.

Grande fue mi sorpresa cuando se publicó su testamento donde aparece íntegra la cláusula que le había dejado, sin más modificación o agregando el monto de donación.

La percepción del legado se obtuvo rápidamente sin ninguna dificultad y la comisión inició el estudio para cumplir con las cláusulas testamentarias. Pero diversas apreciaciones pretendieron desviar el objetivo de la fundación a otras actividades no consultadas y uno de los miembros de la comisión se empecinaba en incluir una Escuela de Puericultura, alentado sin duda por influencias extrañas. Felizmente, prevalecía la decidida firmeza del resto de la comisión en hacer cumplir la voluntad del testador, a pesar de la amenaza de deportación con que se me distinguió personalmente por parte del señor administrador del hospital.

Quiso la suerte que el país muy luego cambiara de régimen, y llegara a la Dirección General de Beneficencia el doctor Alejandro del Río, quién manifestaba tener “debilidad” por este establecimiento. Inmediatamente solicité su auxilio y rápidamente, después de venir a Valparaíso y elegir el terreno personalmente, confeccionó los planos, secundado por los arquitectos de la Dirección General. Al poco tiempo, nuevos cambios en el gobierno, nuevos directores generales de beneficencia de Valparaíso para olvidar este compromiso, hasta que el albacea del señor Van Buren, don Rafael Luis Barahona, notificó qué si no se cumplía con los plazos señalados en el testamento, se perdería el legado.

Fuimos llamados con urgencia por el intendente de la provincia, en su carácter de presidente de la Junta de Beneficencia de Valparaíso, el señor Carlos Edwards y yo.

Se acordó entonces iniciar inmediatamente la cons-

trucción de una parte de la Escuela, que permitiera la apertura del primer curso, resolviéndose principiar por el aula, la que fue terminada oportunamente.

Entregada esta primera parte de la Escuela y vuelto el doctor del Rio a la Beneficencia, se modificó el reglamento, con el fin de hacerla depender directamente de la Dirección General.

§ Referencias Bibliográficas

1. De la Fuente R. Recuerdos, encantos y alegrías de los pasados días en la escuela de enfermería Carlos Van Buren, Revista de la Escuela de Enfermería “Carlos Van Buren” Valparaíso. 1967; 6(2): 4-8.
2. Chagas A. La enfermería en América Latina. Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. 1952; 33 (6):48-57
3. Prine M. Presencia británica en el Valparaíso del siglo XIX, una aproximación al legado institucional y cultural de la colonia británica en Chile. Bicentenario: Revista de historia de Chile y América. 2007; 6 (2): 5-38.
4. Uribe P. Desarrollo del Internado de Medicina en Valparaíso (1923-1967) Reimpresión. Rev Chil Salud Pública. 2014; 18 (2): 217-9.